

Un asunto del diablo

PAOLO MAURENSIG

Traducción de Carlos Gumpert

gatopardo ediciones 

Título original: *Il diavolo nel cassetto*
© 2018, Giulio Einaudi Editore s.p.a, Torino

Publicado de acuerdo con Benedetta Centovalli Literary Agency, Milán
© de la traducción: Carlos Gumpert, 2019
© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2019
Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo de 2019

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Raymond Hennessy
Imagen de la solapa: © Cecilia Lascialfari

ISBN: 978-84-17109-64-6
Depósito legal: B-5201-2019
Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

UN ASUNTO DEL DIABLO

¿Qué puede inducirnos a la penosa tarea de reorganizar todos los objetos inútiles que hemos ido acumulando a lo largo de los años sin encontrar nunca valor para deshacernos de ellos? La inminencia de una mudanza tal vez, o —como en mi caso— la necesidad de vaciar una habitación, dedicada hasta entonces a depósito de cachivaches, para poder asignarle un uso diferente. Otras razones no se me ocurren. Antes de separarnos de un objeto cualquiera nos lo pensamos bien, y la mayoría de las veces optamos por conservarlo, convenciéndonos de que en el futuro podría resultarnos útil. Y mientras tanto las cosas van acumulándose, hasta que nos vemos obligados a hacer *tabula rasa*. Entonces empieza un viaje hacia atrás en la memoria: hojeamos rápidamente nuestro pasado, nos demoramos revisando fotos antiguas, releyendo cartas que no recordamos haber recibido, libros con dedicatoria, manuscritos... Y de estos últimos había montones: desde que la publicación de una afortunada novela me diera cierta notoriedad, me convertí en el polo de atracción de los aspirantes a escritores. Sus manuscritos comenzaron a lloverme con una regularidad impresionante, todos con la solicitud no sólo de leerlos para expresar mi reputada opinión, sino también de presentárselos a

algún editor, con tal vez el añadido de un prólogo escrito por mi propia mano. Al principio me impuse el compromiso de leerlos hasta el final, pero enseguida me di cuenta de que nunca conseguiría mantener semejante ritmo, y de que malgastaría buena parte de mi tiempo en textos carentes de interés. Sin embargo, deshacerse de ellos no resulta fácil: si ya me causa pesar privarme de un objeto, por inútil que sea, lo que me lleva a reprimirme con los escritos ajenos es siempre cierta forma de respeto hacia su autor, y así, antes de arrojarlos a la papelera, quise asegurarme de no haber cometido ningún error de valoración; y mientras estaba allí, hojeando un manuscrito tras otro, cayó en mis manos un grueso sobre marrón aún cerrado, cubierto en su mayor parte por un mosaico de sellos de la Confederación Helvética. Desgarré el borde y me vi con un texto de un centenar de hojas mecanografiadas entre las manos. No tenía ninguna carta adjunta, ni aparecía el nombre del remitente, o una dirección a la que remitirlo. Era evidente que el autor quería permanecer en el anonimato. O tal vez pretendía revelarse en el curso de la lectura.

El título era: *Un asunto del diablo*, y empezaba así:

«Tiemblo ante la mera idea de haber puesto negro sobre blanco esta historia. Durante mucho tiempo la he estado reteniendo dentro de mí, pero al final tuve que liberarme de un peso que corría el riesgo de comprometer mi equilibrio mental. Porque no cabe duda de que se trata de una historia que discurre al borde de la locura. Y, sin embargo, la escuché hasta el final, sin dudar nunca de las

palabras de ese hombre. Sobre todo, porque quien hablaba era un sacerdote».

Puedo entender que a los ojos del lector todo esto tenga la apariencia de una estratagema narrativa, en la literatura pululan los manuscritos, los diarios, los epistolarios y memorandos encontrados en los lugares más disparatados y de las formas más insólitas. Pero, pensándolo mejor, todas las historias empiezan siendo trazadas o impresas en papel, todo lo que leemos comienza con una resma de hojas o, mejor dicho, con un manuscrito, aunque sólo sea uno de los muchos que se amontonan sobre el escritorio de un editor, o de aquel a quien se le encomienda su lectura. No había nada extraordinario, por lo tanto, en su hallazgo: aquel paquete de hojas estaba en el lugar adecuado, sólo que había escapado a mi atención. Lo único extraño era el anonimato.

El incipit parecía prometedor. Así que, rodeado de legajos de todas clases, y dejando a medias mi trabajo de desescombro, proseguí con la lectura.

Si el autor evita revelar su nombre, da comienzo a su historia especificando el lugar y la fecha como compensación. Todo se remonta, en efecto, al mes de septiembre de 1991, durante una breve estancia suya en Suiza, concretamente en Küsnacht, una pequeña localidad a orillas del lago de Zúrich, adonde va nuestro protagonista con ocasión de un congreso de psicoanálisis.

«Me hallaba en aquel lugar en mi calidad de consultor de una pequeña editorial que pretendía incluir en su catá-

logo una colección dedicada a esa materia, tan fascinante como controvertida. Dicho así, el lector podría pensar que yo desempeñaba un papel importante. En realidad, la editorial pertenecía a mi tío, a quien, propietario de una tipografía, después de haber impreso miles de volúmenes por cuenta de terceros, le asaltó la repentina ambición de convertirse en editor por su cuenta y riesgo, contratándose más por obligaciones familiares que por méritos propios.»

Unas cuantas frases para contar algo sobre sí mismo. Desvela de inmediato su condición de huérfano: muerta su madre al dar a luz y fallecido su padre pocos años después, víctima de un accidente laboral, nuestro protagonista se crió con su tío paterno. También descubrimos que lo devora la pasión por la escritura, y gracias a estas noticias estamos en condiciones de atribuirle una edad: más bien joven, se diría, de entre veinticinco y treinta años. Al hablar en primera persona, el autor no tiene necesidad de revelar su nombre, pero para evitar innecesarios circunloquios le asignaré yo uno, lo llamaré Friedrich: nombre que, según creo, perfila a un pálido y rubio aspirante a escritor que deambula por los valles de Suiza.

Hablando de su tío, Friedrich dice textualmente:

«Los libros eran el único punto que teníamos en común: él aspiraba a publicarlos, yo a escribirlos. Me encontraba, de hecho, en ese dichoso estado larvario por el que todos pasamos tan pronto como descubrimos (o nos engañamos creyéndolo) que hemos sido tocados por alguna de las ar-

tes. Durante cierto tiempo hice de recadero en un periódico local a cambio de una remuneración que apenas me bastaba para comprar cigarrillos. Me encargaba de la página de obituarios y, de vez en cuando, de crónicas menores. Fue en esas páginas donde publiqué algunos relatos breves, sin otra intención que la de rellenar los huecos. Si escaseaban las noticias y aún quedaba espacio libre, el redactor jefe me encargaba entonces que garabateara un cuentecillo que no excediese de los cuatro mil caracteres. Por lo tanto, nunca había escrito nada que fuera más allá de la *short story*, ni publicado en ningún sitio aparte de la página de ese periódico de provincias. Pero dentro de mí cultivaba un sueño, vivía ese periodo de inactividad mientras esperaba a que una semilla plantada en el suelo fructificara hasta alcanzar en poco tiempo el tamaño de una planta exuberante y fértil.

»Cuando poco después me contrató mi tío en la editorial, con el cometido de leer manuscritos y corregir pruebas de imprenta, me pareció haber dado un paso adelante. Vivía rodeado de libros, respirando el olor a tinta de imprenta que me embriagaba como una droga. Me daba aires de escritor, con una libreta y un lápiz siempre en el bolsillo, listos para cuando fuera necesario. Observaba a la gente, tratando de leer en cada uno su historia personal... Y, sin embargo, dudaba seriamente de que algún día a alguien pudiera ocurrírsele contármela. En cualquier caso, tenía un trabajo fijo en la editorial y, aunque estuviera mal pagado, me aferraba a él con todas mis fuerzas. Y ésta era mi primera e importante misión fuera de la ciudad. Mi tío me había asignado esta tarea gracias a

mi dominio del idioma alemán, por más que este tenga muy poco que ver con el habla local.

»En Küsnacht vivió y murió Carl Gustav Jung, y con motivo del trigésimo aniversario de su fallecimiento, se celebraba ese año un congreso de tres días en el que participaban expertos de todo el mundo. Escuchando a los ponentes, famosos en aquel entorno, pero completamente desconocidos para mí, tal vez encontrara algún texto, no demasiado pretencioso, que poder publicar, inaugurando así la nueva colección de la editorial. Y si se daba el caso de que no encontrara nada interesante, ¡qué se le iba a hacer!, habría disfrutado de unas cortas vacaciones a expensas de la empresa.

»No había tenido la precaución de reservar un hotel, así que tuve que conformarme con alojarme en la Gasthof Adler, una posada pulcra y tranquila, algo apartada. Un lugar ideal para escribir, pensé de inmediato, pues en aquella época lo valoraba todo con el ojo del escritor ambicioso. La posada distaba unos kilómetros del centro urbano, donde se celebraba el congreso en una sala municipal. El autobús de correos pasaba cada hora, pero en realidad no era un tramo excesivamente largo para recorrer a pie, y si se quería atajar, podía tomarse un sendero que cruzaba un tupido bosque de abetos. Hacía buen tiempo, el aire lacustre tonificaba los pulmones y a la luz del sol la variedad de rosales que adornaban cada casa, desde los chalés hasta la más modesta de ellas, resultaba una delicia para los ojos. De modo que esa mañana decidí ir andando. Aún no me era dado saber que, al cabo de no mucho, algo se disponía a empañar la imagen idílica

que me había formado del lugar. Fue en un encuentro que se produjo en circunstancias particulares. Estaba bajando hacia el pueblo por el sendero que cruzaba el bosque, cuando de repente oí cierto revuelo que provenía de la vegetación. Me detuve, intrigado. Pensé de inmediato en un animal asustado —un cervatillo tal vez— que aparecería de repente cortándome el paso, pero pronto descubrí que se trataba de un hombre de una complexión tan recia que resultaba incluso deforme. Con un delantal de cuero rígido, vagaba entre los árboles sosteniendo un cubo de plástico repleto de un picadillo rojizo, que esparcía a manos llenas por el terreno. Al percatarse de mi presencia, alzó la mirada hacia mí: la barbilla huidiza y el labio inferior colgante me hicieron pensar en un retrasado mental al que se le había encomendado una tarea que nadie más quería desempeñar. Tan pronto como me vio, el hombre agitó su brazo como en señal de amenaza. ¿Qué habría querido decirme con ese gesto? Seguí avanzando por el sendero presa de una creciente sensación de inquietud, como si hubiera entrado sin autorización en una propiedad privada. No deseaba otra cosa que alejarme de aquel lugar lo antes posible y llegar al pueblo. Habría recorrido un centenar de metros, cuando oí los pasos apresurados de alguien que avanzaba a mis espaldas por el mismo camino. Por un momento pensé que podía tratarse del sujeto a quien acababa de ver deambulando en el bosque, pero su andadura era demasiado ágil y decidida para una persona de su tamaño. Seguí recto y sólo me di la vuelta en el último momento, cuando el extraño ya estaba a punto de alcanzarme. En ese momento, la sensación fue de

alivio al ver que se trataba de un sacerdote. Un sacerdote católico: con hábito y sombrero de teja. Pequeño y ligeramente encorvado —como siempre me había imaginado al padre Brown—, me superó a paso rápido y después de un breve saludo me puso en guardia de inmediato: “Mucho cuidado con los zorros —dijo con voz exaltada—, no permita que se le acerquen: hay una epidemia de rabia selvática por aquí”. Una vez pronunciada esta frase, prosiguió su camino, distanciándose pronto de mí para desaparecer detrás de la primera curva del tortuoso sendero. Tan acentuadas me parecieron sus prisas —como si tuviera literalmente al diablo pisándole los talones—, que me hizo temer un peligro inminente. Me hallaba en el punto en el que el bosque se vuelve más tupido y las copas de los abetos más altos oscurecían el pálido disco del sol. Habrá sido la sugestión provocada por esa extraña advertencia, pero de repente sentí que estaba a punto de ser presa del pánico. Recogí del suelo una robusta rama seca, dispuesto a defenderme si llegaba el caso, y aceleré el paso en un intento de alcanzar al cura, que, con su marcha de corredor, parecía haberse esfumado. Al poco rato, sin embargo, al ver delinear entre los abetos las primeras viviendas y el relampagueo cegador del lago, recuperé la calma».

Friedrich, por lo tanto, llega al centro del pueblo, donde la vida cotidiana transcurre de manera ordenada y tranquila. En medio de tanta normalidad, sonrío ante el pensamiento de haber sido víctima de un miedo irracional. Casi no le parecía verdad lo que acababa de sucederle. Bien

pronto se convenció de que sólo había sido una broma de la imaginación. Entra en el salón de congresos y ocupa uno de los pocos asientos libres que quedan. Durante unos pocos minutos sigue distraídamente la conferencia en curso: una ampulosa divagación sobre la vida de Jung. Después, entre muchos profesores barbudos y de melenas canosas —algunos con la pipa apagada entre los dientes—, ve de pronto, sentado unas diez filas más adelante, al pequeño sacerdote católico con el que acaba de cruzarse en el bosque. No tarda en descubrir que se trata de uno de los ponentes. Al terminar la conferencia, de hecho, el sacerdote sube a su vez a la tarima. Friedrich consulta el programa que lleva en el bolsillo. Es la última intervención de la mañana, y terminará a las doce del mediodía. En ese preciso momento, el reloj del ayuntamiento marca el décimo toque, y con puntualidad suiza, la palabra pasa al padre Cornelius —así se llama el sacerdote—, que expondrá una ponencia titulada: *El diablo transformista*. He aquí, pues, la explicación de todas esas prisas —piensa Friedrich—; era evidente que temía llegar tarde a la conferencia: una falta que los oyentes habrían considerado imperdonable.